

LA IDEOLOGÍA DE LA “CLASE MEDIA” Y EL RÉGIMEN DE FRANCO (1975)¹

«Puede afirmarse sin temor que la clase media ha sido la base de masas del Régimen del General Franco, tanto en la guerra civil como durante los 36 años y medio que duró el Régimen, desde la victoria hasta la muerte del Caudillo. Éste fue muy consciente de la conveniencia, más aún, de la necesidad de atraerse a la clase media. No sólo se dirigió a ella en numerosas ocasiones; como en el primer manifiesto al comenzar la guerra civil, donde dice -cito de memoria- que el Movimiento no viene a favorecer a una clase; o en su primera arenga pública, desde el balcón de la Capitanía General de Burgos, al ser encumbrado en la jefatura del Estado (“Venimos para el quehacer del pueblo, venimos para los humildes, para la clase media; no para los capitalistas”); etcétera. Además, en todos sus discursos (al menos durante los primeros veinte años) subsume los “fines temporales” -políticos, educativos e incluso los económicos- bajo el mejor servicio de Dios: dada la ambigüedad ideológica de la clase media, toda transmutación de los “fines temporales” en objetivos religiosos o simplemente espirituales le es muy grata y la fascina.»

Eloy Terrón Abad

La economía política, clave para el estudio de la actitud y el protagonismo social y político relativo de las distintas clases sociales

En los últimos meses se advierte un fenómeno curioso e interesante entre las “buenas gentes” de la llamada clase media española. Se trata de la inquietud, sobresalto y miedo que sienten esas “buenas gentes de la clase media” ante la frecuencia de actos terroristas, huelgas y manifestaciones callejeras, el auge de la crítica abierta del Régimen en la prensa progresiva y la publicación y venta de libros izquierdistas y marxistas. Aunque también ha contribuido a exacerbar esos sentimientos la ligera atenuación de la norma sobre la exhibición del desnudo femenino en publicaciones y espectáculos, hasta el extremo de correlacionarse pornografía y terrorismo en una revista de ultraderecha.

La cuestión que a mí me preocupa es por qué se siente tan alarmada nuestra clase media ante esos fenómenos sociales. ¿Por qué una huelga o el mero intento de una manifestación de tipo laboral alarman tanto a las buenas gentes de esa clase media?

En verdad, ¿un paro, como protesta por la lentitud en la discusión de un convenio colectivo en una empresa vasca, catalana, andaluza o madrileña, pone en peligro la estabilidad de los miembros de esa clase media? ¿Cómo un paro, un intento de manifestación (pues nunca se pasa de eso) e incluso el terrorismo político afectan a las condiciones de vida de la clase media? Creo que entender este fenómeno es del máximo interés para evaluar las fuerzas políticas que muy pronto empezarán a manifestarse en nuestro país y para

¹ Manuscrito, fechado en Madrid en diciembre de 1975; notas de Eloy Terrón; transcripción, revisión, glosas y edición de Rafael Jerez Mir. (*N. del ed.*).

prever la importancia de cada agrupación y cuáles serán las agrupaciones predominantes.

No se trata de hacer aquí un ejercicio de adivinación del futuro, muy de moda por cierto en la actualidad, sino de deducir de los intereses de las clases sociales y de la contradicción entre los mismos, el grado de intensidad de la solidaridad -nacida de los intereses comunes- que integrará a los individuos de cada clase social en agrupaciones o partidos, los posibles programas de éstos y la intensidad del conflicto entre los partidos fundados y montados sobre intereses contradictorios. Una previsión tal -que puede fundarse en datos y en una metodología rigurosamente científicos- tiene sin duda interés e importancia para programar la vida económica, educativa y cultural del país; y para saber, en fin, hacia donde se orienta la actividad global de los pueblos hispánicos.

Analizar y aclarar el fenómeno de la clase media al que se ha aludido tiene gran importancia para entender nuestro futuro, porque en la hora presente las inquietudes y miedos de la clase media pesan como una gran losa de plomo sobre los impulsos que pugnan por introducir reformas democráticas en el país. Se trata de averiguar qué clase o clases tienen interés en la pura continuidad del Régimen establecido por el general Franco; en otras palabras, qué clase o clases encuentran que sus intereses están siendo bien defendidos y fomentados por el Régimen.

La economía política puede, sin duda, prestar una valiosa ayuda en ese esfuerzo por entender la coincidencia de intereses entre la llamada clase media y el Régimen fundado por el General Franco. Pues, no se debe olvidar que el verdadero objeto de la economía política es el análisis -el estudio- de la forma en que se distribuye la riqueza entre las clases sociales que intervienen en su producción.

El desarrollo capitalista, causa de la centralidad de las clases empresarial y obrera y del hundimiento de la posición histórica privilegiada de la clase media

Si se prescinde de la clase propietaria de la tierra, en la sociedad capitalista sólo quedan frente a frente dos clases: la clase empresarial y la clase trabajadora. Las demás clases dejan de ser propiamente tales porque carecen de intereses comunes sobre los que fundar la solidaridad de clase; son clases marginales o restos de clases. El único lazo que puede dar alguna unidad a los individuos de estas clases es el temor abstracto a padecer las consecuencias del conflicto en que se hallan enzarzadas las dos clases protagonistas de la sociedad capitalista: burguesía empresarial y obreros. Pues, todos los datos proporcionados por el análisis vienen a confirmar que en la sociedad capitalista la contradicción determinante es la que relaciona a obreros y empresarios; y, como tal, también la que condiciona toda la dinámica social.

La casi totalidad de la riqueza nacional es producida en empresas industriales, comerciales, de servicios y agrícolas. Frente a ella, la riqueza producida en explotaciones familiares por campesinos, artesanos y comerciantes significa muy poca cosa: no tiene peso suficiente para modificar las tendencias determinadas por la producción capitalista. Es más: la producción de las pequeñas explotaciones familiares sufre o padece todas las oscilaciones y altibajos de la gran producción empresarial, sin que le quede

más alternativa para sobrevivir que ponerse -siempre que se den las condiciones adecuadas- al servicio de la gran producción industrial.

Las pequeñas empresas -los pequeños negocios- sobreviven siempre de modo precario en los entresijos de la economía capitalista desarrollada o en negocios marginales (agricultura familiar, pequeño comercio, artesanía, etc.). La pequeña industria no tiene otra salida que producir aquellas piezas difíciles de mecanizar y que la gran industria no encuentra favorable producir por sí misma, en especial todas aquellas partes que exigen mucha mano de obra. Eso permite a las grandes empresas conseguir un doble objetivo: mantener en millones de hombres encendida, viva, la ilusión de llegar a ser un capitalista, manteniéndolos así integrados en el sistema; y extender la explotación capitalista a los trabajadores ajenos a las propias empresas. De ese modo el dominio del capitalismo (en su etapa monopolista) se afirma sobre toda la sociedad y, con frecuencia, más allá de ella.

Por otra parte, la dinámica de las fuerzas en la sociedad capitalista demuestra que no hay término medio: no hay una tercera vía entre capitalismo y socialismo. Los pequeños productores (los pequeños comerciantes, los pequeños industriales) en un medio capitalista son meros capitalistas en potencia. Sólo la clase obrera, sólo los hombres que no poseen más que su fuerza de trabajo, fuerza que venden “honestamente” a los capitalistas, constituyen una verdadera alternativa, un reto para el sistema capitalista. El cooperativismo, la cogestión, la autogestión son sólo escapes ilusorios de la realidad a los que son muy propensos los pequeños productores aterrorizados por la caída en el asalariado y siempre radicalmente inclinados a preferir ser cabeza de ratón que no cola de león.

Ahora bien, parece que la llamada clase media se compone de dos estratos claramente diferenciados: pequeños productores (comerciantes, industriales, agricultores y artesanos); y profesionales semi-autónomos, directivos empresariales y altos funcionarios, que gozan de los privilegios y sueldos elevados de las grandes empresas (semi-estatales) y del Estado.²

Es un hecho bien conocido que en los Estados autocráticos, precapitalistas, los latifundistas mantienen en su devoción a los rangos inferiores de la nobleza, premiándolos con puestos bien pagados del Estado. Por eso, en todos los Estados precapitalistas se da una verdadera lucha por los puestos de Estado que confieren privilegios y un relativo bienestar. Los funcionarios constituyen la segunda clase del país en cuanto a su nivel de vida; y en esa clase -o estrato social- se incluyen la mayoría de los cuadros medios y superiores del ejército, las altas jerarquías de la Iglesia y de la judicatura y los funcionarios técnicos de la administración.

En apariencia, ese estrato de los funcionarios -como los profesionales semiautónomos- está muy por encima de la mayoría de los pequeños productores; sobre todo de los agricultores, pequeños comerciantes y artesanos. Pero eso no quiere decir que a unos y a otros no les una actitud

² Aun cuando no sea del todo correcto, con la denominación ‘clase media’ se incluyen también grupos o capas de población que más bien pertenecen a la pequeña burguesía, como son todos los pequeños productores. El motivo de incluirlos en la clase media se debe a que los rasgos políticos de unos y otros coinciden; son prácticamente los mismos. Para una mejor comprensión, ver el trabajo del mismo autor “España, país de pequeños productores”. {Este manuscrito no se ha localizado aún. (N, del ed.)}».

común y que ésta despierte en todos ellos reacciones comunes, en determinados momentos, sobre todo cuando creen que peligra su situación relativamente privilegiada. Esa actitud se pone de manifiesto ante ataques a la propiedad, a las diferencias de “clase”, a la religión, a la patria, a los valores eternos de la cultura occidental, etc.

Para la clase media en su conjunto, la propiedad es un valor máximo -es sagrada-, porque es el fundamento firme de su posición de clase, que la diferencia de las clases bajas, y además la condición para el ascenso a la clase superior; sin ella, caería en las condiciones míseras del proletariado, en el fondo de la sociedad. Para comprenderlo bien basta pensar en lo que era la sociedad española desde la Restauración a la República; en cuál era entonces la situación del proletariado urbano y del proletariado agrario de la mitad Sur: y en cómo, para el amplio estrato social de la clase media, la propiedad era algo profundamente ligado a la persona, algo casi biológico, visceral. Para el pequeño productor la propiedad es la condición de vida y, sin ella, es la ruina, la miseria, la muerte. Algo, por cierto, muy distinto de la propiedad burguesa, que sólo se concibe como productora de una renta; de modo que, si no la produce, hay que deshacerse de ella.

La clase media es la guardadora celosa de las diferencias de clase; la conservadora insobornable de los modos, maneras y formas de clase, porque su posición en la jerarquía de la posición y el estatus social establece las distancias y evita la confusión con la clase baja, ese fondo en el que teme caer. Conserva esos caracteres de clase incluso frente a la clase alta, que, por sus contactos internacionales y por la seguridad que le proporciona su riqueza, no los necesita para mantener su rango y su prestigio. La clase alta tiene medios más que suficientes para diferenciarse de las demás clases de forma radical. Pero la clase media no se halla en la misma situación; y de ahí su obsesión por conservar las formas frente a intrusos, advenedizos y nuevos ricos.

Ahora bien, conservar las distancias es fácil en sociedades atrasadas, pero resulta una tarea difícil y abrumadora en tiempos trastornados o de transformación económica y social. Cuando se conmueven los fundamentos de una sociedad agraria resulta imposible que no entre en una etapa de transición hacia el capitalismo; y, entonces, es difícil conservar las diferencias de clase. Sobre todo, porque la clase alta, financiera, industrial y empresarial en general, está vitalmente interesada en difundir el consumo de mercancías de prestigio. Pues ya se sabe que el desarrollo económico no se puede apoyar única y solamente en los artículos de primera necesidad; al contrario, busca apoyarse en el consumo por las masas de artículos muy generales y deseados: vestidos, electrodomésticos (televisor, tocadiscos, nevera, transistor,...), coches, segunda vivienda, turismo, etc. Y, para la clase media, el acceso de las masas a ese consumo de prestigio representa una amenaza; es una inundación que desborda, anega y destruye todo el orden social, la jerarquía de clases; es el final de una cultura, de una civilización.

En realidad, esto se produce mediante dos procesos íntimamente relacionados: por una parte, el ascenso a las cimas de la riqueza de nuevos individuos con la transformación consiguiente de la clase alta, que parece desvanecerse para la clase media, que pierde el contacto con ella (desaparecen, por ejemplo, aquellos colegios, como Areneros y El Pilar, donde la clase media mandaba a sus hijos para que anudaran relaciones de amistad

con los hijos de la clase alta con vistas a su promoción social); y, por otra parte, el ascenso desbordador y amenazante de la clase obrera, cuyos miembros -cual nuevos ricos- son ruidosos y exultantes con sus “utilitarios” y sus transistores y lo invaden todo (cines, teatros, estadios, playas, carreteras,...), impidiendo a las gentes de orden el plácido disfrute de lo suyo.

Las diferencias de clase parecen esfumarse ante ese afán consumista, ese aburguesamiento de la clase obrera, de los chupadores de gasolina, de los alienados del volante a que se refieren muchos escritores reaccionarios, a los que les gustaría que los obreros continuaran vistiendo de mahón y calzando alpargatas. Ese sentimiento de la clase media es tan fuerte, que hizo exclamar a una mujer inteligente e ideológicamente avanzada que no había vuelto a España desde la guerra civil: “¡Parecen disfrazados de señoritos!”. “¿Dónde están aquellos obreros madrileños de alpargatas, pantalón azul y camiseta que, en julio de 1939, marchaban valientes a la guerra?”.

Tal es la doble amenaza sobre las posiciones de la clase media: la amenaza capitalista y la amenaza marxista.

La defensa a ultranza, abstracta y retórica de la religión y de la patria, síntomas de la desaparición de la clase media como guardiana de las diferencias de clase

Por lo demás, una manifestación típica, clara y evidente, del hundimiento de las posiciones de la clase media es su defensa a ultranza de la religión, la patria y los valores eternos de la civilización occidental. Lo es, por el contenido general y abstracto que atribuye a tales conceptos y por la interpretación dogmática, absoluta y exclusiva que hace de los mismos.

Su dogmatismo abstracto radica en que entiende dichos conceptos en sentido negativo. Pues, por de pronto, para esta clase, la religión es ante todo una estructura ritual, jurídica y jerárquica como un trasunto de la sociedad humana preindustrial; es, sobre todo, un sistema de encuadramiento y de clasificación social. Es una forma de alejar al prójimo al infinito, un modo de ponerle en los mismos límites de la percepción personal, en cuanto se ama al prójimo a través de Dios. Esto es, se ama al prójimo dando un rodeo infinito: un rodeo por cierto justo y lógico, porque en realidad ¿qué necesidad tiene la clase media de amar al prójimo? Más aún, ¿cuál, quién es su prójimo? El análisis del concepto religioso (que no del sentimiento: la clase media no tiene sentimientos) de la clase media retorna al principio: a las relaciones de clase, al sentimiento de solidaridad de clase y sus fundamentos objetivos. La clase media no tiene prójimo porque, en cuanto clase, carece de intereses de clase; esto es, carece de solidaridad de clase.

Del sentimiento de patria de la clase media puede decirse casi lo mismo. El concepto y el sentimiento de patria y de nación los generaron y los desarrollaron los liberales del siglo XIX, pertenecientes en su mayoría al estrato de los comerciantes y los profesionales. Pero, a partir de las dos últimas décadas de esa misma centuria y a lo largo del siglo XX, los pequeños productores agrícolas se apoderaron del concepto de patria y del concepto de nación y llegaron a convertirse en sus guardianes, depositarios e intérpretes infalibles.

Con la llegada de los productos agrícolas de ultramar (lana, trigo, maíz, carne, etc.) se origina una caída brutal de sus precios y, en los países de la

Europa occidental, se produce una transformación profunda en la economía agrícola, que consistió en una drástica mecanización y en la sustitución de aquellos cultivos más afectados por la competencia, como el trigo, el maíz y demás. Pero los campesinos españoles no quisieron seguir el camino de sus contemporáneos europeos y optaron por otro más fácil: presionar al Gobierno para elevar los derechos arancelarios; y aislar al país de las corrientes internacionales del mercado y reservarse el mercado interior. Los españoles debían consumir el trigo nacional -mucho más caro y de peor calidad que el trigo ruso o el de ultramar- por patriotismo.

La transformación del contenido del sentimiento de patria -que de liberal se convierte en "ultra"-, y toda la parafernalia retórica anclada en continuas invocaciones a los Reyes Católicos y al Imperio que alcanzó su culminación en los años 40, datan de esta época.

El concepto de patria fue vaciado de todo su contenido social concreto, de su contenido humano de vigencia actual, para rellenarlo de frases retóricas y nostálgicas sobre un pasado de grandezas, hecho a medida y conforme a las necesidades de un estrato de pequeños productores que se rebelaron contra un futuro industrial, capitalista y democrático inexorable y que pretendieron evitarlo instalándose y complaciéndose en ese pasado soñado e imaginario. E incluso se quiso llegar a revivir ese pasado en una especie de Imperio vertical donde ejercitarían sus virtudes unos españoles mitad monjes, mitad soldados, o -como parafraseaba un *jonsista* de la primera época- unos españoles mitad obispos, mitad generales.

Esa exaltación patriótica alcanzó su mayor temperatura precisamente en los años de preparación y de realización de la guerra civil; esto es, cuando media España se esforzaba con entusiasmo en degollar a la otra mitad. Y es que en el contenido del concepto de patria no entraban los hombres vivos, la realidad presente, los intereses generales del país; no entraba la solidaridad entre los hombres vivos, la necesaria colaboración entre los hombres de España en su lucha por mejorar la suerte de cada uno mejorando la suerte de todos.

Por lo demás, era lógico que las relaciones de solidaridad y de mutua dependencia entre los hombres y las regiones de España no jugaran ningún papel en el contenido del concepto de patria cuando el país no constituía aún un mercado unificado, salvo para algunos productos, tales como determinados textiles, el trigo y el aceite, cuya necesidad era muy aleatoria. La gran masa de la población que compraba algo satisfacía sus necesidades en mercados no ya regionales pero ni si siquiera comarcales sino locales. En realidad, una parte considerable de la población no necesitaba para nada de mercados, porque no compraba ni vendía nada: vegetaba míseramente sobre lo que producía. Esa porción de la población -puede afirmarse, sin exagerar- vivía en unas condiciones económicas y sociales medievales, como lo demuestra la producción agrícola y ganadera; y, en esas condiciones, ¿qué necesidad tenía del concepto de patria?

Sin sentimientos de solidaridad y de mutua dependencia, sin la unidad de mercado que relaciona a unos hombres con otros y los haga solidarios frente al exterior, el concepto de patria sólo puede rellenarse con frases vacías y abstractas; esto es, con retórica barata. Y es que nosotros, los españoles,

desde la guerra de independencia a comienzos del siglo XIX (precisamente cuando nació el concepto de patria y nación), no tuvimos que luchar con otros países extranjeros en defensa de nuestro país o de nuestros intereses. Por lo mismo, el concepto de patria no se nutrió de sentimientos de solidaridad y ayuda mutua sino que parece haberse alimentado de los contenidos generados por nuestras guerras civiles, siempre propicias a retoñar y a reavivarse hasta que la victoria drástica, completa y rotunda de la última guerra civil vino a cerrar el siniestro ciclo bélico.

El concepto de patria dominante en España durante el último medio siglo -o, más bien, durante los últimos ochenta años- refleja la atomización de una clase de pequeños productores y funcionarios; mejor dicho, refleja la inexistencia de una verdadera clase, de los fundamentos objetivos de lo que da cohesión a las clases: la solidaridad de clase. Así pudo llegarse a decretar la unidad de los hombres y de las tierras de España, la eliminación o supresión de las clases, la prohibición de los partidos políticos, etc., etc.

Cuando se escribía y se hablaba de la unidad de la Patria -de la unidad de España-, se hablaba en realidad de la eliminación de los partidos políticos. Unidad de la patria y eliminación de los partidos políticos eran expresiones equivalentes; y en el mismo sentido se utilizaba la frase 'supresión de las clases'. ¿Quién más que la clase media podía entusiasmarse con la idea de suprimir, de modo abstracto, las clases sociales, eliminar los partidos políticos y borrar las diferencias regionales? ¿Qué otra clase sino la clase media podía satisfacerse con la eliminación de los partidos políticos o declarar que no es de derechas ni de izquierdas sino simplemente apolítica? Sólo la clase media puede declarar tranquila e ingenuamente que no es capitalista ni marxista, que no es política, que no tiene ideas políticas, etc. Solamente una clase que está a medio camino entre los capitalistas y los trabajadores, que veces se inclina hacia unos y a veces hacia otros, puede sentirse por encima de los partidos, por encima de la política, por encima de las clases.

El patriotismo abstracto de la clase media responde fielmente a la falta de intereses de clase y, en consecuencia, a su carencia de relaciones internacionales. La clase media es patriota precisamente por su falta de relaciones de sus miembros dentro de la clase y, como tal clase y fuera del país, con clases afines de otros países. En ese sentido la clase media carece de lazo de solidaridad como lo tienen los empresarios y los obreros, las dos clases protagonistas de las sociedades capitalistas, que, por cierto, vienen desarrollando relaciones internacionales y continúan haciéndolo.

Los grandes empresarios -los capitalistas monopolistas- se mueven de modo constante sobre las fronteras nacionales; sin duda, la última tentación nacionalista fueron el nazismo y el fascismo en la década de los años 30, y ya sabemos qué resultados dio. Y, del internacionalismo de los trabajadores no hace falta hablar: es un tema muy conocido. Por lo demás, los trabajadores han sido acusados con demasiada frecuencia por la clase media de revolucionarios y antinacionales. Los individuos de la clase media son muy sensibles a la retórica patriótica, a las palabras grandielocuentes y a embriagarse con las acciones de un pasado lejano hasta el punto de tomar partido por los "buenos" cual si se tratase de hechos actuales.

Subjetivismo, aversión a la política e incapacidad para la crítica de los miembros de la clase media, por la carencia de intereses comunes y de solidaridad de ésta

Si el análisis anterior de la clase media es correcto, entonces cabe hacer una serie de afirmaciones que ayudarán a perfilar mejor la actitud política de la misma.

Es evidente que la clase media carece -en cuanto clase social- de intereses comunes que sirvan de fundamento a la solidaridad de clase; éste es un hecho capital que condiciona e incluso determina todas las restantes actitudes de la clase media en cuanto clase social y sobre todo sus actitudes políticas.

Al carecer de intereses comunes y por tanto de solidaridad de clase, a la clase media le falta la base para organizarse en un partido integrado y disciplinado, en contraste, por ejemplo, con la clase obrera. No puede constituirse en un partido tal porque lo esencial del mismo son los cuadros elegidos por los afiliados y en los que éstos depositan su confianza y a los que obedecen, ya que cada afiliado encuentra planteados sus propios intereses en las órdenes emanadas de los cuadros superiores. Los cuadros son representantes de la masa del partido a distintos niveles de organización; de modo que, para los afiliados de base, la actuación de los cuadros del partido es como su propia actuación. Pero un partido así tiene como su propia sustancia la coincidencia o comunidad de intereses de clase: la solidaridad de clase. Y nada de eso puede darse en la clase media, al carecer ésta de intereses comunes de clase.

La clase media no puede formar o constituir un partido cuyos cuadros dirigentes sean representativos de la base de los afiliados. Porque sólo rara vez un miembro de la clase media puede verse representado en otro individuo de su propia clase, ni un amplio grupo de personas de la clase media sentirse identificados con la actuación de un individuo salido de ese mismo grupo, cuando esto es la esencia de la representación. Cada individuo de la clase media es único y singular, y es tanto como cualquier otro de su propia clase; y, al ser tanto como cualquiera otro y tener sus propios intereses individuales,³ no puede sentirse representado sino de modo muy ocasional por otro individuo de su propia clase, que tiene a su vez sus propios intereses, únicos y singulares. Y, si los miembros de la clase media no pueden sentirse representados por sus iguales, tampoco se sentirán representados de modo idóneo por individuos de otras clases -de la clase capitalista o de la clase obrera-; es lógico y natural.

¿Cuál es entonces la organización política ideal y adecuada a los intereses de la clase media, tal y como se la ha descrito? Sin duda, la clase media tan sólo se siente satisfecha y a su aire en un régimen autoritario -monárquico o republicano-, dictatorial o como quiera llamársele, en el que un individuo ejerce el poder sin mediaciones en nombre de principios universales, abstractos, como la Patria, el Bien Común, la Justicia Social y otros muchos lemas que podrían añadirse aquí y que están en la memoria de todos, porque han sido invocados de continuo durante años.

³ No se olvide que la clase de los negociantes pequeños y medios es la cantera potencial de los grandes empresarios capitalistas.

Por otra parte, dada la aversión de la clase media a la política, sus miembros carecen de la mínima conciencia crítica y por eso se contentan y satisfacen con simples palabras. Para ellos, lo importante es lo que el Poder diga, no lo que haga: la crítica está muy mal vista por los individuos de la clase media -la crítica política, claro está-, pues según ellos toda crítica política nace del egoísmo, de la envidia y sobre todo del *resentimiento*, ese término culto y abstracto.

Esa actitud de los miembros de la clase media ante la crítica política conviene de forma clara con su individualismo insolidario de clase: con la singularidad de sus intereses y con el hecho real de que cada individuo tiene sus propios intereses. Por eso, para ellos, la crítica de la actuación de otros y, sobre todo, de aquel que ostenta el Poder sólo puede provenir del resentimiento, de la envidia por no estar el que critica en el puesto del criticado. Para la clase media, la crítica es sustituida siempre por la murmuración, la diatriba y el vituperio; y los individuos de esta clase degradan la crítica en cuanto que la ejercen con opiniones puramente subjetivas.

De hecho, el subjetivismo de los miembros de la clase media constituye el rasgo más característico de su actitud intelectual. Domina incluso a los profesionales en todos los aspectos que no afectan al dominio concreto de su profesión. Cada individuo se toma a sí mismo como medida de todas las cosas. Porque ese subjetivismo es un resultado de las propias relaciones y del destino de la clase: una clase que está constituida por individuos aislados, sin intereses comunes y sin solidaridad de clase, no es propensa a escucharse unos a otros ni, por tanto, a modificar (ni a enriquecer) la propia concepción de la realidad con las opiniones obtenidas por los demás en su acción sobre la realidad; y una clase que se ve amenazada por fuerzas tan poderosas como la clase obrera y la clase capitalista tampoco es proclive al pensamiento objetivo.

Y aquí surge otra pregunta cuya respuesta puede ser muy esclarecedora: ¿cuál es el verdadero adversario de la clase media?; ¿con qué clase se encuentra aquélla en radical oposición?

Muchos miembros de la clase media emplean obreros y los explotan en condiciones tanto o más negativas que los grandes empresarios; y, en cuanto explotan trabajo humano (y se benefician de su explotación), entran en conflicto con la clase obrera y se encuentran frente a ésta como adversarios. Pero, en cuanto esos mismos empresarios pequeños y medios trabajan con sus manos y son explotados por las grandes empresas (por los monopolios) a través de los precios de las mercancías que les venden o les compran, se encuentran a la vez en una situación parecida a la de los obreros. Otros miembros de esa misma clase media -como los profesionales semiautónomos, altos directivos de las empresas y funcionarios del Estado- no emplean obreros, por lo que no explotan a nadie. Pero, sin embargo, muchos de esos profesionales y directivos de empresa reciben por sus funciones de dirección, de inspección o de control salarios elevados, que constituyen una participación en los "beneficios"; y otros, como los funcionarios, perciben salarios muy por encima del valor por ellos generado y que constituyen, en definitiva, otra forma de participación en los "beneficios generales" del capitalismo, en pago por su cooperación al enmascarar el verdadero origen de esos beneficios generales.

Ahora bien, a diferencia de los obreros y los empresarios, tanto los pequeños empresarios como los profesionales, directivos y altos funcionarios no tienen un adversario directo, claro y definido.

Tan pronto como los obreros advierten que disminuye su capacidad o poder de compra, exigen una elevación de salarios. No vacilan ni dudan acerca de a dónde ni a quien deben recurrir ni qué medidas deben tomar para restaurar sus deteriorados ingresos. Sin haber estudiado economía, saben que lo que ellos dejan de recibir se queda en manos del empresario. En esto son precisos y contundentes: lo que no perciben como salario constante y sonante se lo queda el empresario (o los empresarios), ya se trate de cuotas de la Seguridad Social, de impuestos, etc.

En cuanto al empresario, le sucede otro tanto. Si advierte que los beneficios disminuyen, su primer impulso es subir los precios; y, si no puede hacerlo, en razón de la competencia, se esfuerza en reducir los costes conservando el mismo nivel de producción. Y tampoco vacila ni duda acerca de las medidas que debe tomar para restablecer el equilibrio de la economía de su empresa. Aunque, cualquiera que sea la vía que elija, por sí solo o de forma colectiva, acabará por reducir los salarios, aunque lo haga por caminos muy indirectos.

En cambio, los distintos grupos de la clase media no pueden tener la misma evidencia acerca de los factores que deterioran sus ingresos y reducen su nivel de vida, pues al ser diversos sus intereses -e incluso los de los individuos que los componen-, esos factores son también distintos.

Así, los pequeños empresarios se dan cuenta de la subida de los precios de los bienes de equipo y las materias primas, de los salarios y de los gastos generales; y también perciben las dificultades con que tropiezan para subir los precios de sus mercancías: dura competencia de sus iguales, crisis económica, incertidumbre, inflación, etc. Pero, ante tal diversidad de factores, les es muy difícil delimitar el factor determinante para operar sobre él y contrarrestar sus efectos. Además, también tienen que enfrentarse con otros fantasmas sobre los que no les cabe acción alguna, ni a nivel individual ni a nivel colectivo: carestía, recesión, crisis, inflación, devaluación, etc. Compran buena parte de las mercancías que necesitan a precios de casi monopolio y venden lo que producen mediante contrato a las grandes empresas para las que trabajan, ya sean industriales o comerciales. Esto es: están sometidos a los intereses de las grandes empresas oligopolistas o monopolistas. Y, al mismo tiempo, sufren los embates de la fuerza de trabajo, alentada y organizada precisamente desde las grandes empresas, donde los trabajadores cuentan con la ventaja del número y la concentración; porque parece evidente que los salarios de los obreros de las pequeñas empresas no pueden retrasarse demasiado respecto de los correspondientes a los trabajadores de las grandes empresas, donde las reivindicaciones salariales son más agresivas.

A otros grupos de la clase media les es aún más difícil descubrir cuál es el factor o los factores concretos que deterioran sus propias condiciones de vida. Los profesionales asalariados, los funcionarios e incluso muchos profesionales semiautónomos se sienten impotentes para detectar de dónde les viene el daño: lo sufren pero no pueden descubrir su origen. Para esos

grupos, el deterioro de su nivel de vida no obedece a ninguna causa concreta; y, por lo mismo, pueden atribuirlo a las causas más diversas.

Al entrar en la fase de desarrollo capitalista, tales grupos -hasta cierto punto, privilegiados en la sociedad preindustrial- disfrutaban de un nivel de vida relativamente elevado en comparación con el nivel medio de la clase obrera. Como en esa primera fase del desarrollo económico se produce un crecimiento continuo de los artículos de primera necesidad,⁴ la clase media, en su incapacidad para descubrir la causa del mismo, se consuela cargando las culpas sobre la picaresca, sobre el egoísmo de los tenderos y en general de los intermediarios, que constituyen para ella una red tupida e impenetrable: no se debe olvidar la irresistible tendencia de los miembros de la clase media a las explicaciones psicológicas, su fatal inclinación al reduccionismo.

Esa dificultad para descubrir el origen -la causa- de sus propios males constituye la base de la actitud política e ideológica de la clase media y el condicionante principal de su situación en la realidad, de su concepción del mundo. El hecho de que los miembros de la clase media no puedan dilucidar qué fuerzas determinan sus condiciones de vida -su bienestar o su miseria-, capacitándolas así para reaccionar contra ellas, las coloca en una posición muy favorable para la aceptación de las explicaciones religiosas del desarrollo e historia de la vida humana.

⁴ Los artículos de primera necesidad en nuestra sociedad preindustrial (naturalmente, antes de la guerra civil) eran relativamente baratos en relación con los productos industriales. Esa relativa baratura beneficiaba a los grupos de la clase media que recibían un sueldo “decente” o que tenían ingresos en dinero, pero no a la masa de jornaleros agrícolas, industriales o de los servicios, por sus salarios misérrimos, cuando los tenían. La escasez posterior a la guerra civil afectó de modo terrible a la clase obrera (la clase social que más sufrió en el período del racionamiento y, de hecho, hasta la década de los 60) y redujo de modo brutal el nivel de vida de la clase media, pero ésta aceptó con cierta “comprensión” ese tremendo sacrificio. Lo aceptó porque se la intoxicó con una propaganda masiva y continua que le hacía ver que todos sus males se debían a nuevas causas fantasmagóricas, a causas inconcretas, incoherentes con quien los padecía y a las que ya estaba acostumbrada la clase media. Primero fue la guerra impuesta por *la anti-España*, por los rojos al servicio de Moscú, la conjura judeo-masónica y comunista. Después vinieron las destrucciones de la guerra y el expolio del tesoro nacional por los rojos. Más tarde siguieron las sequías y el cerco internacional y, como fondo del cuadro, la conspiración judeo-masónica y comunista, que se fue convirtiendo en la conjura del comunismo internacional. Y, en años más recientes, apareció el terrible espantajo de la inflación con su cortejo de recesión, crisis económica y otras conjuras menores.

En realidad, lo que ocurrió -al menos en los últimos quince años- es más sencillo, y comprensible para quien se haya asomado a las páginas de un tratado de economía política. El proceso español de desarrollo capitalista -con el estímulo de impulsos exteriores como el turismo y de la demanda de mano de obra por parte de los países capitalistas de la Europa occidental- generó una demanda interior y proporcionó divisas en abundancia para la importancia de bienes de capital y materias primas. Así se desarrollaron los núcleos industriales principales, que se nutrieron de la fuerza de trabajo excedente, de mano de obra en situación de semiparo -de paro estacional- en la mitad Sur y en nuestra agricultura de autoabastecimiento. Esa demanda de fuerza de trabajo mejor pagada por los núcleos industriales unida a la demanda exterior crearon una escasez relativa en las zonas agrícolas, que, hasta que éstas no se mecanizaron, fue grave y provocó a su vez constantes subidas de precios de los productos agrícolas; y en el mismo sentido operó la falta de capitales en el campo, que obstaculizó el que la agricultura respondiera al reto de la industrialización con nuevas demandas en calidad y cantidad de productos agrícolas. La carestía así originada de productos alimentarios afectó de distinta manera a las diferentes clases de nuestro país; y sus efectos fueron acumulables en la medida en que no supieron o no fueron capaces de reaccionar para restablecer el equilibrio anterior, siendo naturalmente la “honrada” clase media la que más sufrió las consecuencias de esa carestía irremediable.

Tal actitud es lógica y explicable, pues es un hecho fácil de comprobar que, cuando los hombres se sienten acosados por fuerzas que les arruinan y no pueden controlar, recurren a controles vicariantes; esto es, a imaginar al mundo como regulado por una fuerza abstracta pero accesible a los ruegos humanos. Los hombres en situaciones de crisis a las que no ven explicación recurren por necesidad, por auténtica y verdadera necesidad, al consuelo de la religión. Y, en concreto, se puede comprobar que la clase media española, que en el siglo XIX tuvo veleidades liberales y racionalistas, se fue convirtiendo poco a poco en religiosa y sumergiéndose poco a poco en el tradicionalismo ideológico -esto es, en el nacionalcatolicismo- desde finales del siglo XIX.

De los análisis anteriores parecen, pues, desprenderse una serie de conclusiones. A saber:

- 1) falta de intereses comunes que constituyan a la clase media en una clase solidaria;
- 2) individualismo e insolidaridad de los miembros de esa clase;
- 3) imposibilidad de una acción política coherente por falta de formación política de los miembros de la misma, que de hecho rechazan la política como actividad y como conocimiento, como ideología:
- 4) carencia de espíritu crítico de los individuos de la clase media, por su falta de solidaridad de clase, en razón de la miseria de sus relaciones sociales;
- 5) aceptación, por lo mismo, del Poder, siempre que éste no aparezca vinculado a intereses de clase evidentes: esto es, siempre que el titular del Poder se sitúe por encima de las clases. Para conseguirlo, basta que se declare ajeno a cualquier interés de clase porque, para los miembros de la clase media, lo importante y lo decisivo son las palabras; y
- 6) aceptación de la religiosidad y de la concepción del mundo, representadas por el catolicismo tradicional español, como consecuencia de su incapacidad para dilucidar su posición de clase y para descubrir las fuerzas que deterioran sus condiciones de vida.

Transformación de la clase media: de base de masas del régimen franquista a la fractura generacional entre desafectos y partidarios de la democracia burguesa

Si estas conclusiones son correctas y objetivas, puede afirmarse sin temor que la clase media ha sido la base de masas del Régimen del General Franco, tanto en la guerra civil como durante los 36 años y medio que duró el Régimen, desde la victoria hasta la muerte del Caudillo.

Éste fue muy consciente de la conveniencia, más aún, de la necesidad de atraerse a la clase media. No sólo se dirigió a ella en numerosas ocasiones; como en el primer manifiesto al comenzar la guerra civil, donde dice -cito de memoria- que el Movimiento no viene a favorecer a una clase; o en su primera arenga pública, desde el balcón de la Capitanía General de Burgos, al ser encumbrado en la jefatura del Estado (“Venimos para el quehacer del pueblo, venimos para los humildes, para la clase media; no para los capitalistas”);

etcétera. Además, en todos sus discursos (al menos durante los primeros veinte años) subsume los “fines temporales” -políticos, educativos e incluso los económicos- bajo el mejor servicio de Dios.⁵ dada la ambigüedad ideológica de la clase media, toda transmutación de los “fines temporales” en objetivos religiosos o simplemente espirituales le es muy grata y la fascina.

Ahora bien, todo el análisis anterior y las conclusiones que de él se derivan convienen fundamentalmente a la vieja clase media española. Pero los cambios que se han producido en el país, desde la guerra civil -que removi6 las m6s profundas ra6ces de la sociedad espa6ola- pasando por el hambre, el racionamiento, las sequ6as, el cerco exterior, hasta los comienzos de la industrializaci6n, el turismo masivo, el 6xodo interior y exterior, y etc., etc., han transformado aquella clase media en otra nueva, que se halla en transici6n hacia una clase media de una “sociedad industrial” capitalista.

Esos cambios, que transformaron la Espa6a agraria en un pa6s en el que la renta generada por la industria y los servicios es de ocho a diez veces superior a la que produce la agricultura, han acabado con aquella clase media que viv6a agobiada entre estrecheces y angustias intentando mantener su rango entre la aristocracia, por arriba, y la plebe -el pueblo-, por abajo. Es cierto que ha visto acortarse la distancia que la separaba de la clase baja, pero eso no ha significado un descenso social suyo sino m6s bien una elevaci6n general del nivel de vida; pues, m6s o menos encubierta, dicha distancia se mantiene, como se mantiene o m6s bien se ha ensanchado la que separa a la gran burgues6a de la clase media.

Sin duda, lo que m6s confunde de la clase media actual es su inadaptaci6n a las formas de vida democr6ticas, que exigen actualizar los conocimientos pol6ticos (preocuparse por la formaci6n pol6tica), aceptar la obligaci6n de interesarse por la pol6tica con la responsabilidad consiguiente y respetar a quienes sostenga posiciones diferentes u opuestas como adversarios y no como enemigos.

Este 6ltimo es probablemente el mayor obst6culo con que tropiezan muchos miembros de la clase media para adaptarse a las formas pol6ticas democr6ticas: aprender a no ver un enemigo en todo el que disiente o se opone a las opiniones dominantes o a las propias. Porque durante cuarenta a6os a muchas personas de la clase media les han estado presentando a los simples discrepantes como enemigos. Baste recordar los buenos tiempos de: “¡Franco o el comunismo!”; “¡Franco s6, comunismo no!”. Lo que equival6a a decir de forma abierta que no hab6a discrepantes ni adversarios; s6lo enemigos, a quienes era necesario tratar como tales.

En medio de las dificultades de la grave escasez, la clase media se ve6a arropada y defendida frente a los enemigos, el liberalismo y el comunismo; esto es, frente al capitalismo y frente a la clase obrera. La situaci6n de equilibrio estaba asegurada. Un Poder personal, superior a las clases, a los intereses y pasiones de todos y de cada uno, velaba por todos y, en especial, por la clase media. Los miembros de 6sta se acostumbraron a no preocuparse por la pol6tica, a tener la seguridad de que alguien con la mayor competencia y

⁵ Véanse numerosos ejemplos en *Francisco Franco, Pensamiento Cat6lico*, Centro de Estudios Sindicales, Madrid, 1958.

eficacia se ocupaba de la política por todos; además, la situación del país era tan tranquila y segura, que no era necesario ocuparse de la política.

Pero esa seguridad y esa tranquilidad comenzaron a resquebrajarse hace varios años bajo el impulso del desarrollo capitalista y, en consecuencia, también de la clase obrera. Como es bien sabido, el desarrollo capitalista acaba por atraer a su dinamismo a todas las capas y estratos sociales de la vida nacional sin dejar a nadie al margen. Y ése fue el inicio del despertar de la clase media, que alcanzó su punto culminante con la desaparición física del General Franco.

Las ambigüedades y desorientaciones de la clase media se deben principalmente a la generación que, o bien participó en la guerra civil y vivió los años clásicos del régimen del racionamiento, de las sequías y del cerco exterior, o bien su conciencia fue modelada de forma definitiva en esa etapa. A esa generación le parece difícil, casi imposible, entrar en la nueva etapa en la que todos los valores antes vigentes parecen trastocados.

Por el contrario y aunque tampoco se preocupa por la política, la generación más joven se siente más enraizada en las condiciones impuestas por el avance del capitalismo y no se considera socialmente marginada ni desplazada. Esta generación constituye la avanzada de la clase media de la etapa industrial capitalista de nuestro país.

Con la entrada del país en la etapa capitalista y democrática la clase media no va a desaparecer ni a perder importancia. Todo lo contrario: se hará más numerosa y, aparentemente, tendrá más peso que en pasado. Porque, para el capitalismo, es esencial -es condición de supervivencia- facilitar y fomentar su desarrollo, pues sin su colaboración perdería muy pronto el poder político, dado el rápido crecimiento de la clase obrera y de su poder político.

La clase media tiende, pues, a fortalecerse con el capitalismo; y, por extraño que parezca, si no toda ella, algunos de sus grupos le sobrevivirán durante la etapa de transición al socialismo.